

Francesc Español (1907-1999), biólogo y naturalista ejemplar

Ramon Margalef

Seguramente por ser yo otro superviviente de una época de conmoción, que ofrecía algunas esperanzas, muy pocas de las cuales se materializaron efectivamente –cuando menos en lo que se refiere al campo de la ciencia–, algunos amigos me piden que escriba unas líneas en recuerdo y memoria de Francesc Español i Coll, uno de nuestros naturalistas más trabajadores y eficaces, por tanto preclaros, muerto recientemente el pasado verano, el 29 de junio de 1999, ya jubilado desde hacía tiempo y víctima de una larga enfermedad, pero siempre dedicado a su querida ciencia. Supongo que su última obra más extensa debe ser la monografía de 195 páginas de extensión que escribó para la serie *Fauna Ibérica*, que trata de los anobiidae o carcoma de la madera, de los que era un excelente conocedor a escala mundial.

La vida y actividades de Francesc Español se han presentado como modélicas otras veces, y en alguna ocasión por mi mismo (ver: *Francesc Español, 50 anys d'obra bioespeleològica*, un volumen de 673 páginas editado por la Federación Catalana de Espeleología i la Excm. Diputació de Barcelona, 1981 y *Quaderns de Vilaniu*, 14, 109 páginas, "Institut d'Estudis Vallencs", 1988). Estos dos volúmenes dan suficiente información principalmente con relación a su anterior actividad científica, y pretenden seguir a grandes rasgos la mayor parte de la vida y milagros de nuestro malogrado amigo, un verdadero y completo "naturalista", designación que se está perdiendo, si no es en alguna esporádica referencia efectuada al azar durante un documental sobre la naturaleza. Mientras, la mayor parte de los periodistas, en textos escritos o en televisión, no hablan más que de biología molecular, genética y una pretendida y a menudo pintoresca ecología.

En otras y diversas publicaciones ya han aparecido comentarios en relación con las actividades y méritos de Francesc Español. Ciertamente, no quiero ni me sentiría autorizado a intentar glosarlos ahora, de forma suficientemente completa, en estas líneas en memoria de nuestro querido colega. Fue un trabajador incansable y, por experiencia personal, puedo decir que ayudó a todo el que le pidió consejo o información y que realizó una buena labor. Ojalá todos pudiéramos decir lo mismo. No obstante, quisiera insistir en su hombría de bien, unida siempre a una buena disposición a complacer a todos los que acudían a pedirle aclaraciones o consejo.

El carácter de estas líneas y la revista donde aparecen llevan quizás a recordar más la actividad científica que las cualidades humanas y personales existentes en su trasfondo. Pienso sinceramente que la vida y las actividades científicas de F. Español resultan modélicas de una función que yo considero excesivamente menospreciada, en estos tiempos y en Barcelona. Se trata precisamente del cultivo de la taxonomía, de la faunística, de los estudios de las distribuciones de las especies y, en relación con todo esto, de los correspondientes aspectos relacionados de divulgación y museística.

Los museos siguen siendo importantes, y no deben asimilarse a espectáculos de feria. Es notable que en un momento en que es de buen tono apreciar las expresiones de la actividad artística humana, nos hayamos vuelto tan descastados que no queramos ver ni valorar como se merece la profunda belleza de la naturaleza ni el hecho de que por nuestra ascendencia estamos incluidos en ella. Somos suficientemente insensibles para rehusar nuestra inmersión histórica total en la

naturaleza viva. En nuestro tiempo, a juzgar por lo que se lee y oye, parece que existe un interés creciente por las imágenes que nos ofrecen las ciencias de la vida, con sus correspondientes implicaciones. Tal vez podríamos añadir que una impresión parecida podría deducirse al considerar el número de estudiantes que cada año se matriculan para estudiar las llamadas ciencias de la vida. Es cierto también que políticos y periodistas no paran de hablar de diversidad biológica, de conservación, es decir de las ciencias de la vida. Ciertamente la televisión introduce todos los días en nuestros hogares imágenes de la vida que podrían ser muy instructivas, generalmente en escenarios muy diferentes a los que estamos acostumbrados. Pero nadie me desmentirá si escribo que las demás aproximaciones complementarias que nos podrían ayudar a entender más a fondo los mecanismos y el sentido de la vida, ilustrándonos sobre la vida en sí, sus mecanismos y su significado, quedan muy lejos de la divulgación que se realiza habitualmente.

Algunos intelectuales se horrorizan de las opiniones contrarias a la teoría de la evolución, por ejemplo, por la forma como se difunden y crean conflictos ideológicos en Norteamérica. Pero la verdad es que nuestros intelectuales –me refiero a toda España– nunca han demostrado que aceptaran de forma plena y general la teoría de la evolución en el sentido darwiniano. O, mejor dicho, se acepta superficialmente y de palabra en algunos círculos intelectuales, sólo como argumento de apoyo a determinados puntos de vista filosóficos, con el fin de oponerse a aspectos demasiado tradicionalistas de formas de religión, pero nunca de una forma positiva o correctamente crítica.

Yo lo veo como un fallo general en nuestro país, y quizás no sólo en el nuestro, donde, a pesar de todo lo que se haya podido decir, el darwinismo nunca ha despertado interés, y ni tan siquiera en las actitudes que podríamos calificar como más “progres” ha tenido una acogida sincera. Es importante hacer notar que una mejor visión de la unidad de la naturaleza podría ser un argumento más convincente, para obrar o para no obrar, que las amenazas mal explicadas y peor entendidas del agujero del ozono o del calentamiento global. Es una lástima el uso que se hace de la ecología como argu-

mento con finalidades demasiado a menudo comerciales o políticas.

Pero claro, transmitir una imagen más profunda e intelectualmente más satisfactoria implicaría un cambio en la visión de los pretendidos gobernantes de nuestras ciudades. Y nuestra ciudad tiene un importante deber pendiente con la cultura, en todo lo referente a la naturaleza, excesivamente menospreciada. Queda claro que las actividades de unos relativamente escasos investigadores como Francesc Español, varios botánicos y otros científicos que no es preciso mencionar, han exigido un esfuerzo extraordinario, al realizarse contra resistencias que no tenían por qué existir, lo que constituye un argumento muy negativo contra la presunción, que creo excesiva, de Barcelona como foco cultural.

Español sufrió las consecuencias de ello y con él muchos estudiantes de las generaciones presentes. Las universidades no pueden sustituir a los museos, no es su finalidad. Tampoco la labor universitaria ordinaria lleva a la coordinación de puntos de vista biológicos, físicos y naturalísticos para un razonable y satisfactorio desarrollo del interés general por la naturaleza, generador de una forma positiva y efectiva –y esto subrayado– de tratar la naturaleza viva.

Recientemente escribía: “la historia, la evolución concreta, nos descubriría relaciones de descendencia o continuidad, pero esta estructura temporal es el soporte donde se pueden manifestar los resultados más diversos, que deberían proporcionar una explicación satisfactoria. Esto explica la perplejidad y el éxito de Darwin ante el panorama del mundo orgánico, que pedía una ordenación razonable.” Como ecólogo sigo pensando de esta manera, incluso en tiempos, como los actuales, en que la consideración más profunda de la naturaleza viva interesa principalmente desde un punto de vista molecular o bioquímico. Pero nuestra cultura no tiene suficiente carácter naturalístico para servir eficazmente como soporte de los puntos de vista que llegan uno tras otro hasta nosotros. Las etapas intermedias, las exigencias y la respuesta a ellas, respuesta que pasa necesariamente por la evolución, nunca encuentran suficiente resonancia, ni tan siquiera ocasión para ponerse de manifiesto.

Resulta siempre gratificante para mí escri-

bir algo a favor de hechos o de gente que nos demuestran que no somos tan inútiles y que podemos, si es preciso, hallar la justa inspiración suficiente para la construcción de una cultura con un número más limitado de grietas. No es fácil encontrar la relación entre los avances de la biología llamada molecular y las imágenes o películas que nos muestran en acción plantas y animales, grandes y pequeños, y menos aún con la fantásica zoología inventada para distraer y quizás estropear la tenue educación biológica que puedan recibir nuestros niños.

La necesidad de la citada fase intermedia que supongo se requiere para entender la variedad orgánica—la bendita “biodiversidad”—no podría ser una excusa a favor de retornar a las viejas exhibiciones de animales mal preparados en los museos al estilo clásico, pero sí para reconsiderar la necesidad de los museos de historia natural, todo lo modernizados que se quiera y se pueda, y las diferentes funciones que siguen teniendo en la cultura moderna.

Es preciso combinar el respeto por la naturaleza con el respeto por el visitante del museo, que también es naturaleza —¿o no?—. En realidad todos somos naturaleza, naturaleza que, en su reflexión, se enrolla, complicándose, sobre sí misma.

Hay museos que han pasado o están pasando con éxito por este proceso: combinar el atractivo y la espectacularidad de las exhibiciones —que en la actualidad disponen de recursos tan abundantes y variados— con ofrecer al visitante un estímulo suficiente para hacerle reflexionar por su propia cuenta, en el camino de Darwin, o en algún otro si lo desea, pero eso sí, con un mínimo de reflexión y de profundidad, dejando a un lado, por favor, las presiones políticas o comercia-

les de lo que se pretende hacer pasar por ecología. En la actualidad muchos de los museos antiguos tienen colecciones fabulosas —de moluscos, de insectos, etc.—. La propia Barcelona dispone de colecciones que nunca se han podido exhibir dignamente. Para la persona realmente interesada en la naturaleza no hay ni gráficos ni modelos —por mucho diseño que se le añada, aderezado con las ideas propias y a menudo sesgadas del constructor de modelos— que puedan sustituir a la contemplación directa del material genuino. Una simple ordenación taxonómica que pretenda aproximarse a la expresión de parentesco es una fuente inagotable de sugerencias, al considerar sus relaciones con la marcha de la evolución en la colonización del mundo real.

Quisiera que el recuerdo de Francesc Español, que pervivirá con nosotros durante muchos años y que conoció más que nadie estas —y otras— limitaciones, nos hiciera reflexionar a todos los que, por alguna razón, nos creemos con alguna responsabilidad en relación con la educación del pueblo, apartándonos ya de la diversidad y de la sustentabilidad o sostenibilidad, y de la capa de ozono y el efecto invernadero, para volver a los principios más próximos a la contemplación de la naturaleza, incluida la propia naturaleza del hombre, sin tanta artificialidad añadida. Que el recuerdo y el espíritu de nuestro querido Francesc Español, que quería de verdad a sus escarabajos, nos ayude a ello.

Ramón Margalef

Universitat de Barcelona
Barcelona, octubre 1999